

DISCURSO DE RESPUESTA DE
DON AURELIO MIRO QUESADA

Con especial agrado he acogido la amable invitación a que sea yo mismo —que al empezar esta sesión he pronunciado ya unas breves palabras de saludo— quien dé respuesta, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, al distinguidísimo individuo de número, recientemente elegido por sus méritos, que acaba de leernos su brillante discurso de incorporación: Guillermo Lohmann Villena.

Me satisface realmente el encargo, no sólo porque me permite repetir una vez más el alto aprecio por la seriedad, la robustez, la autenticidad de investigación de la obra de Lohmann, sino porque al dar cumplimiento a esta exigencia de nuestros estatutos puedo agregar también dos expresiones personales. Una de ellas es mi adhesión a la Academia Nacional de la Historia, de la que es Presidente Guillermo Lohmann, a la que nos complacemos en pertenecer varios de los miembros de nuestra Academia y que merece el reconocimiento y el apoyo de todos. La otra es mi afectuosa amistad con el recipiendario, ratificada en muchos años de transitar por caminos comunes, de coincidir a menudo en el pensamiento y en los temas y de buscar, dentro de la extensión general de la cultura, la fisonomía espiritual del Perú.

Guillermo Lohmann se inició en estos campos con una precocidad y una maestría verdaderamente sorprendentes. Desde sus primeros trabajos universitarios llamó la atención el rigor de su análisis, su minucioso registro de archivos, su destreza para encontrar en los viejos papeles el dato de primera mano que se hallaba perdido o que, sencillamente, se ignoraba. Con una inflexible disciplina, que se diría que le viene de su sangre germana si no fuera más justo atribuírla a su propio trabajo, nos desconcertaba muchas veces con la abundancia y el orden de sus fichas, con lo inesperado de sus fuentes y con la originalidad de sus hallazgos.

En Guillermo Lohmann, además, la persecución de los detalles no le ha alejado de la visión global y exacta. Se podría decir también, aplicando la frase conocida, que el gusto por los árboles no le ha impedido ver el bosque. ¡Qué mejor prueba que su primer libro (sus trabajos impresos anteriores, *Don José Antonio de Lavalle* y *Un documento inédito sobre Pedro de Oña*, fueron obras menores): su magnífica *Historia del arte dramático en Lima durante el Virreinato*, publicada primero en Lima en la parte referente a los siglos XVI y XVII y ampliada después en España al siglo XVIII y principios del siglo XIX; obra verdaderamente fundamental y magistral, a la que no hay quien no tenga que recurrir, con deleite y provecho, cuando se estudia la actividad teatral en el Perú durante la etapa virreinal!

Precisamente es la investigación de la época española en el Perú, y consecuentemente de nuestra incorporación a la historia cultural de Occidente, el tema principal de la documentada labor histórica de Lohmann. Por cierto que para ello no sólo ha estado henchido de amor por el Perú, sino al mismo tiempo de amor por España. Iniciado ese afecto en su primer contacto con los viejos infolios, incrementado luego en sus largos años de vida en España y de afanosa investigación en bibliotecas y en la imensa cantera del Ar-

chivo de Indias de Sevilla (para no referirme a otros lazos sentimentales más directos), la obra de Guillermo Lohmann se ha cumplido siempre bajo el signo del conocimiento y —a través del conocimiento— de la simpatía por lo hispánico. A la demagogia o las diatribas de simplistas y fáciles alborotadores de la historia, ha preferido la hermosa dificultad de estudiar y entender. Si por algo se le pudiera tachar, no sería ciertamente por defecto, sino en todo caso por exceso de generosidad o de indulgencia. Porque para Guillermo Lohmann los tres siglos de vida virreinal no son un trozo de historia extranjera, sino una parte concreta y evidente de nuestra propia vida. Como me cupo decir alguna vez, en esos tres siglos han vivido, trabajado y creado habitantes que sentimos hermanos, en esta tierra que sabemos que es nuestra, y por eso no podremos nunca desgarrarlos porque, con su anverso y su reverso, nos arrancaríamos con ellos como un pedazo de nosotros mismos.

La labor de Guillermo Lohmann ha sido realmente infatigable. Con “ciencia, paciencia y conciencia”, como nos dice él mismo de Marcelino Menéndez y Pelayo, no ha habido año en que no publicara un libro, un folleto, un estudio. A menudo en trabajos monográficos, su dedicación ha sido tanta que, más allá del tema mismo, nos ha dado obras esenciales sobre la organización jurídica del Virreinato, sobre la institución del Corregidor de indios bajo la monarquía de los Austrias, sobre la opulencia y al mismo tiempo los problemas de las minas de azogue de Huancavelica que, con la plata de Potosí, constituyeron el binomio central de la estructura económica del Virreinato.

Lo que más debemos recordar esta noche, sin embargo, son sus estudios de historia literaria, que son los más afines al quehacer de nuestra Academia. Como ha afirmado él mismo, su sensibilidad ha estado siempre abierta hacia nuestras disciplinas y son muy numerosos sus trabajos en

lo tocante a la historia de la cultura. No en vano su primera y notable obra ya citada fue un análisis, no sólo externo sino interno, de la evolución del arte dramático en Lima; y en muy frecuentes casos sería difícil trazar la frontera entre lo que pertenece a la Historia estricta y lo que pertenece a la Literatura.

Así ocurre con muchos de sus hallazgos documentales que, al mismo tiempo que han fijado una fecha o han precisado un dato, han aclarado algún aspecto de un personaje de las letras peruanas. A Lohmann se debe el único estudio serio sobre el piurano Diego de Villegas y Quevedo, el primer peruano que fue miembro de número de la Real Academia Española, e introductor de americanismos en el celeberrimo Diccionario de Autoridades. A él se debe también el hallazgo, en la parroquia limeña de los Huérfanos, de la partida de bautismo del ilustre Don Pedro de Peralta Barnuevo, con lo cual no sólo nos dio la fecha exacta sino descartó la sospecha de Riva-Agüero sobre el matrimonio apresurado de sus padres. Lohmann desbarató también la fácil y frecuente contraposición de muchos textos entre un Peralta aristócrata y extranjerizante y un Caviedes criollo y democrático; porque, además de ser muy burgués y peruano el primero, nos descubrió lo inesperado: que Juan del Valle Caviedes no era limeño sino español, nacido en Porcuna, en la provincia de Jaén, en Andalucía, y que no le faltó el apoyo de su pariente el Oidor Tomás Berjón. En otro estudio, Lohmann rectificó definitivamente el error muy común en el que habían incurrido hasta Menéndez Pelayo y nuestro Palma, de considerar como poema *El Marañón* de Diego de Aguilar y Córdoba, que Lohmann comprobó, con la lectura de dos textos, que se trataba de un relato en prosa. El recipiendario de hoy ha escrito también un estudio biográfico decisivo sobre el lusitano *Enrique Garcés, descubridor del mercurio en el Perú, poeta y arbitrista* ("Garza

en el alto Olimpo remontada”, como dijo de él Aguilar y Córdoba), que en 1591 publicó en Madrid sus traducciones del tratado latino *De regno et regis instituzione* de Patrizzi, de *Los Sonetos y Canciones* del toscano Francisco Petrarca y de *Los Lusíadas* de su compatriota el portugués Luis de Camoens. A Lohmann hay que agradecerle asimismo datos invaluableles sobre los primeros escritores criollos: como el limeño Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, hijo de Nicolás de Ribera “el Mozo” y autor de una perdida obra teatral en verso que, cuando Alcalde, en 1574, debió representarse en la festividad del Corpus Christi; o como el también Alcalde y limeño Antonio de Uroz Navarro, que en 1575 puso en escena en la Plaza de Lima su auto sacramental titulado *Figura del maná*. Cómo no mencionar al mismo tiempo su amenísimo estudio sobre *Romances, coplas y cantares en la Conquista del Perú*, publicado en homenaje a Menéndez Pidal; o sus sagaces notas sobre *El Perú en el “Poema del asalto y conquista de Antequera” de Carvajal y Robles*; o su pormenorizado examen de las comedias referentes a *Francisco Pizarro en el teatro clásico español*; o sus noticias pintorescas sobre *El limeño Don Juan de Valencia el del Infante, preceptista taurino y Espía Mayor de Castilla*. Y si su destreza para andar por los documentos y para manejar las fichas y la bibliografía nos sorprenden, cómo no recordar su análisis *Quién fue el verdadero autor de “Los actos y hazañas valerosas del Capitán Diego Hernández de Serpa”*; o su identificación del autor del discutido *Drama de dos palanganas*; o su descubrimiento realmente detectivesco del hasta ayer anónimo “Judío portugués”, autor de una *Discrición general del Perú en los primeros años del siglo XVII*, y que ahora nos demuestra que se llamaba Pedro de León Portocarrero.

Cómo no detenerme también en las aportaciones de Guillermo Lohmann al conocimiento de la vida y la obra

del Inca Garcilaso de la Vega, el representante más insigne de la cultura del Perú. Lohmann ha desentrañado diversos entronques familiares de *La ascendencia española del Inca*; ha descubierto el único documento hasta hoy conocido de los años peruanos de Garcilaso, cuando al embarcarse para España, todavía con su nombre inicial de Gómez Suárez, vendió en el Callao, en 1560, el macho castaño oscuro en que había cabalgado desde el Cuzco; y en la breve campaña en las Alpujarras de Granada, ha confirmado que eran ciertas las cuatro condutas de Capitán que el mozo cuzqueño se jactaba de haber recibido de Felipe II y de su hermano Don Juan de Austria. Y sobre todo, ha abierto, con su registro perspicaz de la anotación de Bernardo de Aldrete en *Del origen y principios de la lengua castellana o romance que oi se usa en España*, impreso en Roma en 1606, lo que me he permitido llamar la fama previa del Inca Garcilaso; o sea, la elogiosa mención de los *Comentarios Reales* por los humanistas de su tiempo, antes de que los *Comentarios* estuvieran impresos.

En el discurso que le acabamos de escuchar y aplaudir, nos da una nueva muestra de su capacidad de investigar y de su sagaz encuentro de un ángulo de visión original. No era empresa fácil ciertamente la de recoger *La poesía satírico-política durante el Virreinato*: unas veces risueña y chancadora, otras veces de burla acerada y en no pocas ocasiones de diatriba; por lo común de vida efímera y —lo que la hace más elusiva— clandestina. Por su propio carácter, esas poesías generalmente se esconden o se pierden, por lo circunstancial de sus motivos, la prudencia explicable de sus autores, la persecución de los satirizados, o simplemente por destrozos u olvidos.

Guillermo Lohmann no sólo ha logrado la proeza de recoger muchos de esos ejemplos, sino que los interpreta como muestras de una opinión popular y espontánea; que aunque

debe de ser acogida, como él dice, "bajo beneficio de inventario", sirve para destruir toda una serie de lugares comunes despreocupadamente repetidos sobre la vida en nuestro Virreinato. Lohmann deshace la imagen falsa de tres siglos de mudez obligada, de opresión implacable, de labios cerrados por la ignorancia o atormentados por la Inquisición. Con los ejemplos que nos ha leído (unas veces de burlas y otras, como antes se llamaban, de "escarnio y maldecir"), comprobamos que había entonces muchísima más libertad de expresión que la que habitualmente se supone, que las censuras declaradas o hipócritas no eran mayores ni menores que las que hoy mismo se puede sufrir en cualquiera parte, y que el espíritu humano tiene siempre ingenio suficiente para librarse de arbitrariedades y para hacerse escuchar cuando tiene algo que decir.

Por cierto que las más antiguas de esas muestras, que Lohmann nos ha sabido presentar con ironía, lucen principalmente un sabor festivo y refranero, gracia dicharachera, desenfado y donaire. Con el transcurso de los años —nos ha hecho notar también— ese tono festivo se enturbia, y las manifestaciones de censura son más caldeadas y agresivas. Se podría añadir que no se trata sólo de un estado de ánimo personal sino de un concepto de eficacia. Con burlas superficiales, con un remoquete o un apodo, no se llega al cabo a ningún lado. En cambio, cuando se quiere pasar a la acción, el tono y los medios son distintos; y por eso, aunque tengan menos gracia, aunque fustiguen con rudeza —y más de una vez con injusticia—, las sátiras más agudas y más eficaces son las últimas: las que ya llevan en sí mismas el germen de la rebeldía, la afirmación de la naciente conciencia de la patria, el anuncio gozoso y simultáneo de la libertad del individuo y de la Independencia nacional.

Pero no voy a perturbar con comentarios graves el aire

de leve donosura con que Guillermo Lohmann ha sabido envolvernos su instructivo discurso de esta noche.

El hombre es siempre el mismo; cambia el traje,
pero nunca el pelaje,

podríamos resumir, con las palabras de Don Ricardo Palma, el maestro de todos en estas mezclas de burlas y de veras, poesía e historia. Bajo la sombra del tradicionista, reiteremos entusiastamente nuestro aplauso al recipiendario de hoy, a quien la Academia Peruana de la Lengua se complace en formalizar por mi intermedio su más sincera y cordial bienvenida.